

Pablo Stelingis

Carlos Pezoa Véliz, poeta modernista innovador

(Continuación del N.º 345)

V

VIDA REAL

Carlos Pezoa Véliz, cantor del amor a la manera del *carpe diem* y de las bellezas de la naturaleza de la tierra chilena, es también y, sobre todo, un poeta de la vida real. La vida real, lo cotidiano, en su sentido más amplio, le da más temas para su cantar poético. Como ya se ha observado en la crítica chilena, de este modo su poesía adquiere un carácter épico popular y su cantar pasa a ser una descripción de las tristezas y alegrías del pueblo chileno.

Distinguimos tres momentos en este tipo de poesías: 1.º Cuando el poeta canta la ciudad; 2.º Cuando describe el campo, y 3.º Cuando observa la pampa chilena.

Valparaíso es la ciudad que más le atrae la atención. Se puede decir que es la ciudad predilecta por el poeta, sin olvidar el natural cariño que sentía Pezoa Véliz para su ciudad natal. El poeta califica en sus versos a Valparaíso con el significativo nombre de "la in-

mensa ciudad" (1) y en sus dos largos poemas, "Vida de Puerto" y "Alma Chilena", canta sus glorias y sus tristezas. Parece que en ella ve representada el alma chilena. El título del segundo poema, "Alma Chilena", nos lo indica claramente.

Aunque hoy día Valparaíso nos pueda parecer una ciudad que no merece el calificativo de "grande", entonces ocurría todo lo contrario. Al lado de Valparaíso aún no existía la ciudad millonaria que hoy llamamos Santiago. Valparaíso se destacaba en la vida chilena como el famoso puerto del Pacífico, con los barcos que llevaban las mercancías y la gente que iba y venía de los extraños países. Los aviones aún no perturbaban los cielos del mundo y la vida del puerto por sí sola tenía que ser más importante que hoy día. Además, no se había terminado el canal de Panamá y muchos barcos que pasan hoy día por el canal, se detenían en su ruta en Valparaíso.

Al poeta le atraía el caminar mundano, pues al ver el bullir de la vida del puerto, escribe:

*Vida de Puerto, vida de esfuerzo,
vida que es digna de prosa y verso,
porque es alegre, porque es de acción;
vida que esparce dicha a destajo
con sus mujeres, con su trabajo,
con su comercio, su agitación (2).*

Este trozo de su "Vida de Puerto" es la presentación de Valparaíso y a la vez una expresión de su credo poético. Para Pezoa Véliz la vida de puerto "es digna de prosa y verso, porque es alegre, porque es de acción". A otros poetas les puede parecer esta vida demasiado prosaica para ser cantada en verso. Para Pezoa Véliz, no; por el solo hecho de que expresa el esfuerzo humano, ella merece un canto poético. Esta elevación de la realidad a un plano artístico no es un descubrimiento suyo, sino una simple expresión

de los ideales literarios de los realistas, que encontraron eco en el joven corazón del poeta.

A pesar de que su "Vida de Puerto" no es un poema de gran alcance poético, merece nuestra atención como una auténtica expresión de la vida chilena y como un digno esfuerzo de expresar poéticamente lo prosaico.

Ante nuestros ojos desfila la gente de entonces y se abre un cuadro de realidad palpitante: con las viejas en sus tugurios, "las conductoras de alegres trajes / que timan los quintos de los pasajes" (3), los muchachuelos que "corren cual lauchas" (4) y pregonan los diarios; gordos comerciantes, jornaleros de rostros pardos, marineros, muchachas, carabineros, gringos, flacos jamelgos, todo el gran bullicio de la ciudad. Se abre la realidad chilena con sus calles, sus mercados y sus diarios: "El Mercurio", "Ferrocarril" y "La Ley" de entonces. "Por la mañana —dice el poeta— sale "El Chileno" (5), y anuncia crimen y asalto; pues en Playa Ancha un agente "busca y pesquisa al que hirió al cónsul del Ecuador" (6).

Hay un realismo gacetillero, poco poético, pero mucha realidad palpitante y algunos momentos de feliz chisporroteo artístico, como, por ejemplo, esta comparación:

Entra el expreso como un venablo...

Salen como almas que lleva el diablo

los vendedores: ¡Carril, La Ley! (7).

Nos parece que no sólo estamos viendo, sino hasta oliendo la realidad del puerto chileno: con sus *humas*, *rico maní* y el mercado de Cardonal, lleno de gente y de aire ahogador con los cigarros, donde "las fregonas de manos toscas / sirven las tazas con café y ... moscas" (8).

Así es Valparaíso, con su ir y venir de la vida mundana. Pezoa Véliz, como convencido realista, quiere describir todo: su comercio, sus mujeres, los trabajos y hasta los insignificantes detalles de temas vulgares que tratan las mujeres del puerto en sus conver-

saciones diarias. De todo un poco. Así nosotros llegamos a saber cómo se canta ("se cantan cosas en *italiani*"), quién baila en el pros-
cenio ("en el prosenio baila Saullo") y qué clase de comida sirven en los barcos de pasajeros:

De la English Company hay pelambres:

dicen que a bordo se pasan hambres:

almuerzo papas, cena frejoles;

al otro día papas con coles

y vuelta y vuelta con los frejoles

y con las cenas de papa y col (9).

Este anotar grafómano sin ahondar lo profundamente humano no puede servir de elogio crítico. Son debilidades del joven poeta. Pero a pesar de eso, su "Vida de Puerto" es una prueba de sus esfuerzos poéticos para acercarse a la realidad y ver la vida tal como es: sin cisnes y sin marquesas versallescas, pero con los marineros y las muchachas del puerto, que se aman y las fregonas que con sus manos toscas les sirven café.

En "Alma Chilena" nos presenta Valparaíso de noche.

"La inmensa ciudad", como la califica el poeta, duerme. Ya ni rastro del correr, ni del gritar humano. Sólo un sordo viento perturba los sueños de un faro y "en lo alto de una capilla / se lamenta una campana" (10). La ciudad descansa:

Descansan su mar, su informe

movimiento, sus herrajes,

su humo, su alcohol, su enorme

carne, su alma multiforme,

sus músculos, sus blindajes.

... ..

Descansa. Y en los opacos

focos de luz se acentúa;

*surgen ladrones, bellacos,
y es junto a rumas y sacos
fantasma enorme la grúa (11).*

En este fondo naturalista del descanso nocturno queda grabada la realidad de una ciudad durmiente. Este cuadro ya no es una alegre presentación de la vida del día "que esparce dicha a destajo" (12), como en su "Vida de Puerto"; sino un mundo sombrío y triste. Un puerto durmiente bajo la luz eléctrica, que "mana la tristeza" y "llora en la orilla" (13) del mar.

Como en una novela naturalista, de la carne durmiente de una gran ciudad no sólo surgen los ladrones y bellacos, sino que también en este andar nocturno participan las máquinas. En el silencio de la noche, como un fantasma enorme, alza su cabeza la grúa:

*Fantasma que alza la testa
de acero, junto a la carga,
y que parece ahí, enbiesta
tener una idea puesta
negra y honda, sabia y larga (14).*

La grúa, que en este cuadro naturalista nos presenta Pezou Véliz, se parece a un ser vivo: además de mover la cabeza, sabe también pensar. Y, como si fuera una persona, tiene sus ideas, sabias y profundas.

Queremos llamar la atención, que a veces en las descripciones naturalistas de Zola las máquinas y sus ciudades también se parecen a seres vivos y adquieren cualidades simbólicas tal como las personas.

Es posible que esta presentación naturalista de la ciudad, como la descripción simbólica de la grúa, que alza su cabeza en el silencio de la noche, estuviera influenciada por Zola, el cual como lo ha dicho la crítica, fué uno de los astros literarios que guió al joven poeta.

La grúa de Pezoa Véliz sabe pensar. La ciudad entera, también; pues al llegar la noche, se reconcentra y comienza a meditar:

*La inmensa ciudad condensa
su vida, abonda en sí misma,
y bajo la noche inmensa
se reconcentra, comienza
a meditar y se abisma (15).*

Naturalmente, no es la ciudad la que se abisma y se duele, sino el sensible corazón del poeta.

Grande y alegre es la ciudad de Valparaíso, pero cuánta tristeza y dolor se esconde bajo la luz eléctrica y en la noche inmensa: un perro vagabundo, pobre guardián nocturno, la desvalida mujer como un esqueleto, que con los chicuelos mendiga y se muere de hambre y de frío:

*Duerme ahí o acá. No es raro
que la de anoche la "melle":
se entregó a Dios, a su amparo,
con sus niños, bajo el faro,
acurrucada en el muelle (16).*

Y al lado de estos pobres hambrientos, están los rotos, "los rotos de alto rango" (17), como dice Pezoa Véliz:

*¿Son de dónde? Nadie sabe:
uno recuerda que en Tango
hundió el cuchillo hasta el mango
por cierto asuntillo grave... (18).*

Aquí están ellos: el "nariz de luna"; un rubiote, "hijo de un bichicuma que importaron de la Australia" (19); el maipino Juan María, Juan José, Pancho Cabrera, "huasos que fueron un día"

(20); Austin, "padre de siete gandules" (21); Sancho, que hace sudar un martillo de treinta kilos; John Pencil, un pintor mestizo que traza siempre en el dique un cuadro, y el negro Lucho Orellana, que mantiene a su madre y hermana y aún le queda "para la copa". Son los maestros de fragua, mecánicos, que "retan frío, fuego y agua / con sus músculos de cobre" (22) y así se ganan el pan cotidiano. En la noche, en los trabajos del dique, mientras la inmensa ciudad, puerto, bajo la luz eléctrica, descansa. Carlos Pezoa Véliz nos presenta su nocturno trabajo como un formidable cántico:

*Todo calla, todo calla...
Sólo desde el mar, del dique
llega un resplandor de hornalla
y redobla la metralla
del martillo junto al pique.*

*Y vense chispas de fragua
sobre la curva de un dombo,
y en un barcazo, el "Oyagua",
se asusta y se crispa el agua
por los golpazos del combo.*

*Son los trabajos del dique...
Es el formidable cántico,
el clarinazo, el repique
del martillo junto al pique
en que se halla el transatlántico (23).*

Este trozo de su "Alma Chilena" es un canto al trabajo y a la dignificación de las manos humanas, que bajo la noche oscura llevan vida sufriendora, sencilla y prosaica. Diríamos que es una sinfonía del trabajo manual, expresada de modo sencillo, pero impresionante. Como las chispas que saltan de la fragua, así las voces pro-

ducidas por las herramientas de los maestros, encuentran la expresión de un cántico verdaderamente formidable en el vibrar y en el sonar de las vocales y de las consonantes.

Con la primera estrofa del citado paisaje llegan a nuestros ojos los resplandores de la hornalla y se oyen los golpes de las herramientas menores. Es un interrumpir doble del anunciado silencio de la noche: acústica y visualmente, con el predominio de lo primero en todas estas estrofas. Las siete *r-es* de la primera estrofa parece que quieren expresar el ruido general que se produce al trabajar en el dique y las consonánticamente rimadas palabras *dique* y *pique*, nos impresionan como reales golpes de los trabajadores.

En la segunda estrofa el resplandor de la hornalla se convierte en un saltar de chispas. Es una actitud más concreta y más dinámica que el anuncio de la llegada de un resplandor de hornalla; una expresión de más movimiento, que nos da a conocer el dinamismo que reina en los trabajos del dique: "vense chispas de fragua sobre la curva de un dombo", es decir, saltan las chispas.

El poeta nos dice que por los golpes que producen los martillos "se asusta y se crispa el agua". Deben ser muy fuertes estos golpes. Y en verdad; después de saltar las chispas "sobre la curva de un dombo", nuestros oídos alcanzan los fuertes "golpazos del *combo*". Al lado del general ruido, expresado por los fonemas de las rimadas palabras del primero, tercero y cuarto verso de la estrofa (*fragua* - *Oyagua* - *agua*), las sonoras palabras del segundo y del quinto verso (*dombo* - *combo*) parecen ser los golpes mayores de la fragua. En el silencio de la noche, estas dos últimas palabras vibran como unas campanadas. Es interesante observar que de los diez fonemas que forman *dombo* y *combo*, apenas un solo fonema no es sonoro (*c*). El predominio de lo vocálico sonoro expresa el tocar del hierro: potente, musical.

La tercera estrofa es el proseguir del cántico. Como en las dos estrofas anteriores, se repiten los golpes menores y mayores, musicalmente expresados por el ritmo y especialmente destacados por las palabras rimadas de sus cinco versos: *dique* - *repique* - *pique*, que

son palabras del primer tipo de la rima; y *cántico* - *transatlántico*, que expresan el segundo tipo de la rima.

En las siguientes estrofas poco a poco disminuye el sonar de los golpes y el poeta empieza la descripción de sus personajes.

Estos maestros de fragua, que con sus músculos de cobre "retan frío, fuego y agua", y así se ganan el pan, tienen alegría para vivir y para trabajar. Es la gente sencilla que trabaja y sufre, pero que también sabe reír. Pezoa Véliz nos describe su alegría como un canto a la vida y en su reír ve la alegría de la tierra chilena. Cuando alguien cuenta una historia divertida, he aquí como se ríen:

*Reíase con estruendo,
como ríen los ladinos
huasos, como canta riendo
el borbollón que corriendo
va en los ríos colchagüinos...*

*Como un mozo tardo al lloro
que un amorío recuerde
o a un chascarro haga coro;
como ríe un campo verde
cuando del sol le cae oro...*

*Con la alegría que ofrenda
el blanco de los pebuales
o el poncho que huele a hacienda;
con la alegría estupenda
de los bailes nacionales.*

*Como el mozo que galopa
y a la novia en los aldeanos
deslindes cantando topa;
como el tríl en la alta copa
de los coihues araucanos.*

*Con esa potencia augusta
que boca y ánimo llena
y donde a saltos se ajusta
la espontaneidad robusta
de la alegría chilena (24).*

Hay notable idealización en esta descripción. A estos "rotos de alto rango" Pezoa Véliz los compara con los ríos, los campos, las bebidas, los bailes, los árboles y las aves de la tierra chilena. Todas estas cinco estrofas, que separadamente expresan una multitud de comparaciones menores, en el conjunto forman una sola comparación, grande y bella. El comparar separadamente la alegría de los maestros con los elementos de la tierra de la cual nacen, en su totalidad es una identificación con su país natal. Linda es la tierra chilena y el reír de sus hijos refleja su belleza.

Estos "huasos ladinos", que trabajan y sufren, no sólo saben reír, sino también son generosos. Al conocer la tragedia de una pobre española, que con sus chicuelos no tenía qué comer y dónde vivir, ellos decidieron ayudarle:

*¿Importaba un pan? ¿Acaso
no era hermano el desvalido? (25).*

No es la ciudad, "el puerto que afiebra el oro", el que se conmueve ante la desgracia ajena, sino ellos, pobres huasos. A primera vista nos pueden parecer unos simples aventureros, gente que no se sabe de dónde viene y que para arreglar "ciertos asuntillos graves" se ayudan del cuchillo. Es así, pero sólo en parte. En el fondo tienen un corazón sensible y bueno. Leemos que después de decidirse a socorrer a la pobre mujer, "hasta el más tuno sintió que su alma era buena" (26).

La idealización de los maestros del dique termina con esta significativa estrofa que es a la vez la última de "Alma Chilena".

*Que, desde Ercilla a hoy, caso
no hay de aventuras o exodos
en que, misérrimo o craso,
el pan del indio o del huaso
dejara de ser de todos (27).*

De la ciudad pasemos al campo.

En "Pancho y Tomás" está concebida la otra parte del alma chilena.

Hijos de labriegos son Pancho y Tomás; uno, Pancho, "lleva cumplidos veinte y un mes" (28), el otro, Tomás, "cumplió los veintiuno" (29). Tomás ama el rancho, las faenas y sueña con una dicha inmensa en el campo: "tener chacra, un surco de agua, / una mujer, una guagua... / ¡Todo un ensueño de amor!" (30). Parece que estuviésemos oyendo las palabras del mismo poeta, cuando en sus juveniles años escribía:

*Dios atenderá mi ruego...
Yo sólo pido alegría,
un rancho en la lejanía,
allá un buey, acá un borrego.
Seré bueno: hecho un labriego,
habrá en mi hogar niños, niñas,
fecundas serán mis viñas
y armoniosas las canciones
que hagan llorar los gorriónes
en medio de mis campiñas (31).*

Pancho es un muchacho bravío, "rubio como es el patrón" (32), ama el poncho, es de gesto brusco, mujeriego, pendenciero y socarrón; "el amo ha dicho en la siega / que lo haría capataz" (33).

Siempre está alegre, siempre con su andar abrupto y el hablar intencionado; el buen Tomás, pensativo, grave, sumiso; no aspira

más que ser peón del riego y suspira cuando no son buenas las tierras.

Y así corren los años. "La tierra es siempre fecunda", dice el poeta, "manso el buey", pero "duro el amo" (34). El buen viejo, posiblemente su padre, les habla de antaño y otros países, con reyes bondadosos y días felices. Tomás ya es padre:

*... Un año hace
que Teodora es su mujer:
un rancho, un niño que nace ...
Cerca un corderín que paca ...
¡Todo un ensueño de ayer! (35).*

De este modo se cumplieron sus ensueños.

Pero Pancho, que "es un mozo bizarro, vicioso, alegre y mordaz" (36), se burla de su mujer.

Destruído el idilio familiar, viene la guerra. Los jóvenes tienen que ir:

*Pancho se fué. Los sargentos
daban orden de partir;
iban cantando. Los vientos,
repetían los lamentos
de las madres. ¡A morir! (37).*

En este bello poema queda expresado el espíritu del campo chileno. Desde la nota melancólica de la perdiz y "la queja eterna del río" (38), hasta la tragedia del hombre de campo, que sueña con la dicha, se casa, trabaja, envejece y muere sin alcanzar la soñada felicidad:

*Pancho, el hijo del labriego,
y su hermano el buen Tomás
llegarán a ancianos luego;
ni Pancho fué el peón del riego
ni su hermano capataz (39).*

¡Ni siquiera llegó a ser peón del riego!

Pancho no vuelve más al campo. Se destaca en la guerra y se queda en el ejército de sargento. Tomás, "torvo, enjuto y carcomido" (40), cae en la inacción.

El buen viejo, que les hablaba de otros países y otros reyes bondadosos, ya ha muerto. Duerme también Teodora, mujer de Tomás:

Duerme... la tierra le oculta...

Duerme, Teodora... ¡Dormid!

¡Dormid que el tiempo os sepulta!

Gente pobre, vieja, inculta,

mejor es morir... ¡Morid! (41).

Luego llegará la hora para Tomás:

Tomás llora. Allá una estrella...

¿Cuándo ballar la dicha aquella?

El viento sopla: después... (42).

La ciudad y el campo. Dos cuadros poéticos y dos tipos de la vida humana. La ciudad con su miseria, con su pobreza cruda y naturalista y la nota épica de la lucha por la vida. El campo, lleno de belleza natural, de la nota melancólica y el lirismo del hombre pobre que sufre, trabaja y se resigna. ¡Alma chilena y alma humana!

Pesimista es el poema, especialmente su final. Primero, el pícaro Pancho se mezcla en el idilio familiar del buen Tomás y después la cruel muerte le arrebató sus más queridos seres, dejándolo solo en su vejez. Un aire de soledad y de tristeza flota alrededor de nosotros.

Pero además de esa tragedia personal de Tomás, representantes del espíritu sumiso y trabajador del campo chileno de entonces, hay algo más: en todo el poema hay indicios de la tragedia que pa-

sa los límites individuales. Es la tragedia general del labriego chileno.

Al final del poema el poeta nos dice que para esta "pobre, vieja" e "inculta" gente mejor es morir que vivir. ¡No puede haber una observación más sombría y pesimista que ésta! A alguien le puede parecer raro que Pezoa Véliz, que en su poesía siempre idealizaba el campo chileno, llegara a una conclusión tan trágica. El poeta, que adora los campos y alaba su gente, ahora, cuando se trata de la misma esencia del campo chileno, se pone tan triste y trágico. Hasta en los trabajos nocturnos del dique supo encontrar alegría para vivir; menos aquí, en su poema sobre Pancho y Tomás.

Pero no es difícil observar que esta vez la preocupación principal del poeta no es la elevación de la belleza ni de los valores ideales del campo, sino la presentación de la vida real del labriego. Bella es la tierra chilena: rica de viñas y llena de flores. Así nos la presenta Carlos Pezoa Véliz en sus poesías. Pero también está llena de dolor y de tristeza. Como son todos los países, todos los rincones de la tierra, con sus lágrimas y sus alegrías. Quien conoce la triste realidad del campo chileno, no puede hablar de ella muy alegremente. La incultura y la pobreza del labriego, expresada por el poeta en su "Pancho y Tomás", le hace meditar tan pesimistamente y nos conduce al problema social en su poesía.

Varias veces en la poesía de Pezoa Véliz nos encontramos con sus observaciones líricas sobre la desigualdad social. Ya al principio del análisis de su "Pancho y Tomás" hemos citados unos versos, donde aparece "un amo *duro*". Así califica el poeta al patrón de Pancho y Tomás, sin decir por el momento nada más. Pero luego esta calificación se amplía con la observación de que como "la oveja bajo el pastor" está "siempre el peón bajo la fusta" (43), es decir, bajo el látigo de su amo. Este amo, que nos presenta Pezoa Véliz en su "Pancho y Tomás", no sólo es duro, sino más aún todavía: es cruel. Cuando el buen Tomás queda solo en su vejez, el poeta escribe:

*Todo le habla. Tomás llora
junto a la vieja heredad
la casa en que el amo mora
se alza. ¡Su provocadora
tecbumbre suda crueldad! (44).*

Al lado de este amo duro y cruel, presentado por el poeta en su "Pancho y Tomás", además en la poesía de Pezoa Véliz nos encontramos con el otro tipo de patrón: el amo mujeriego.

Cuando Rubén Darío en el poema "Del Trópico" canta a una niña, que en una fresca y alegre mañana muele maíz, la ve gorda y bonita. Es un bello cuadro poético, sacado de la realidad tropical y presentado por el poeta sin insinuaciones de justicia social. Lo que importa a Rubén Darío en su poesía, es la presentación de una niña bonita (diríamos un ideal primitivo de la belleza: ¡gorda y bonita!) junto con perros, vacas y campesinos que trabajan en una fresca mañana del trópico. ¡Idilio campestre y realidad a la vez!

Diferente es la actitud de Pezoa Véliz cuando nos presenta la belleza de una niña campestre. Como ejemplo nos puede servir su poema "Teodorinda". Teodorinda tiene quince años, no más. Igual que la niña del "Trópico", es joven y bonita. Todos los peones se sienten cautivados por su belleza. Pero el poeta luego observa que ella "es un bocado que el tiempo guisa / para las hambres de su señor" (45). Por eso "el señorito la halla muy linda" y por eso la "deja que crezca dos años más" (46).

A Rubén Darío en su poema "Del Trópico" no le importa si alguien se aprovecha o no de su belleza; Pezoa Véliz tiene una especial intención en subrayarlo.

Al empezar a leer su "Pancho y Tomás", en la descripción de Pancho nos encontramos con algunas características que nos hacen sospechar de que éste puede ser un hijo natural del patrón. En algunas estrofas más el poeta lo confirma: es así, un hijo natural del rubio patrón. Diríamos otra vez que es una intención especial del poeta, pero ¿no es eso también una parte de la realidad de la vida?

Pezoa Véliz sentía bien la triste realidad del campo chileno. Por una parte, la incultura de los campesinos y, por otra, su difícil vida, bajo los "duros" y "cruels" amos, como los califica el poeta. Es la influencia visible del realismo europeo, trasladado al campo chileno. La explotación del pobre es un tema constante en la literatura de la época. Chile aún no tenía grandes industrias ni grandes masas de la clase obrera, cuya explotación nos presenta la literatura realista europea. El campo entonces se ofrecía más que la ciudad para la observación de la desigualdad social.

"La tosca mesa de encina / donde su pan come el pobre" (47), es una preocupación constante en los versos de Pezoa Véliz. Repetidas veces el poeta se duele ante la situación triste del peón y nos indica las causas que lo conducen a ella. El amo "duro" y "cruel" es uno de los principales culpables. Pezoa Véliz no lo ataca directamente. Se contenta con las insinuaciones para hacer surgir la triste realidad. Además, sus versos nos presentan otras causas que conducen a esta situación lamentable. En el "Organillo" lo encontramos expresado detalladamente:

*¡Pobre peón! Sus padres idos
eran brutos y hasta idiotas
que no hicieron otros ruidos
que el de sus toscas ojotas.*

*Porque el patrón, los consejos,
la huasca y el aguardiente,
se echaron sobre los viejos
brutalmente, brutalmente.*

*Porque la barra, el calambre
de la fatiga, o la guerra
los echaron muertos de hambre
a lo largo de la tierra (48).*

Al lado del patrón esta vez aparecen muchas otras causas, que motivan esta dura y lamentable situación. El patrón las encabeza, pero el poeta destaca también los vicios del propio afectado, como, por ejemplo, su conocida inactividad y el gusto por la borrachera.

Entre los culpables aparece también la guerra. Pezoa Véliz la concibe como un asunto de los amos:

*¿Por qué la guerra? La tierra
no es de Pedro ni es de Juan.
Desde el mar hasta la sierra
el amo es dueño. A la guerra
los amos no van, no van.*

*Y los hombres que peleamos
de ésta y otra patria, son
todos víctimas con amos...
Somos pobres. Nos amamos
y peleamos en la acción (49).*

Hay un ataque directo y fuerte al sistema político-social de entonces. Hay insinuaciones a la injusticia social y al fracaso de la política encabezada por los amos, ya sean éstos dueños de tierras desde el mar hasta la sierra o de países y continentes enteros.

¿Qué camino para la salvación ofrece Pezoa Véliz? ¿Cómo soluciona el difícil problema? ¿No pasa su búsqueda más allá de los límites de una utopía dorada, cuando en su arranque lírico nos habla del salvaje feliz, que era dueño de su tierra y amo de su felicidad? (luego, en el capítulo siguiente, veremos que Pezoa Véliz soñaba hasta con un siglo dorado).

Primero, lo que busca Pezoa Véliz es la bondad del hombre. Al ver una pobre y hambrienta mujer, el poeta exclama: "¡Dios mío! ¿dónde está el hombre?" (50). Su exclamación no es un grito de venganza, sino la búsqueda de valores profundamente humanos: bondad, comprensión. Y, en seguida, idealiza a la gente que sabe

comprender y ayudar al necesitado. Esta es la parte ideal del problema. Pero hay también un ofrecimiento real: con el trabajo, venciendo al vicio, se conquista un futuro mejor. En la persona del rústico Pedro Ureta queda expresado este ideal.

Pedro Ureta pasa cinco años trabajando en la pampa chilena, arrancando tierra y salitre. Trabajo duro y difícil. El poeta lo llama el bravo Pedro Ureta, porque "era un hombre: venció al vicio / y hoy es suya la victoria" (51). Lo que aquí ataca Pezoa Véliz ya no es el patrón, sino el vicio de los que no quieren trabajar:

*Quiso conquistar dinero
y aferrarse a vida seria;
odiaba a ese aventurero
que hendía en el mundo entero
con su vicio y su miseria...*

*Quiso luchar en la tierra
aunque ladrara la envidia;
como quien todo destierra
hasta a la huelga hizo guerra:
la huelga era la desidia... (52).*

El poeta predica valores constructivos. Su Pedro Ureta vence el vicio y hasta a la huelga le hace guerra. A pesar que con la fatiga en el brazo y la fatiga en el alma, Pedro Ureta logra conquistar para sí y para sus hijos un futuro mejor: "logró fortuna no escasa / de su brazo y su barreta" (53).

Su ideal es volver de la pampa salitrera al campo, donde le espera "la más cuca de las chicas" y "donde la alegría del trabajo nunca muere" (54).

Pezoa Véliz es un cantor del trabajo. Exalta su valor constructivo y subraya la alegría que nace al trabajar. Al lado de los maestros de la fragua, que en los trabajos del dique alegremente hacen sonar sus martillos de a treinta kilos, Pedro Ureta es su otra encar-

nación ideal "donde la alegría del trabajo nunca muere". Pezoa Véliz encuentra hombres felices no sólo en el pasado, su edad dorada, sino también en la actualidad. El carretero, que canta en su poema "En la poda" frente a los bueyes, es otro ejemplo de un hombre feliz.

El rústico Pedro Ureta volverá al campo, se comprará su "alquería" y se casará. Así nos dice el poeta. Al final del poema de esta manera quedan expresados sus ideales:

*Tendrán sus cachorros sanos:
crecerán a campo lleno.*

*Membrudos, sobrios, baqueanos,
sabrán fecundar mis llanos
y abocar a un potro el freno.*

*Para ser padres un día,
para extender mi labranza
como se extiende la guía;
para ser fuerza, alegría,
prosperidad y esperanza.*

*Para honrar la tierra amable,
con vida fecunda, tersa;
para extirpar lo execrable
con el lema irrevocable:
"Por la razón o la fuerza".*

*Y ser grandes cual los ríos;
tercos, altos como robles;
como la nevada fríos;
como los potros bravíos,
como la montaña nobles (55).*

Este poema, que es una canción de la victoria del trabajo, es a la vez un himno a la raza chilena. Otra vez nos encontramos con la idealización del campo y de su gente. Es un canto a la naciente generación chilena y la exaltación de ella por medio del trabajo y de las comparaciones con los elementos de la tierra de la cual nace. La grandeza de sus ríos, la altura de los robles, el furor de los potros (!) y la nobleza de sus montañas sirven de elementos para la comparación poética. Así como en el "Alma Chilena", al cantar a los huasos ladinos.

Hay palabras altisonantes en estos trozos citados. Entre otras, que deseamos destacar, se encuentra la palabra "bravío". Pedro Henríquez Ureña la denomina como una altisonante palabra romántica. Parece que Pezoa Véliz tiene una especial predilección para esta palabra. Repetidas veces la hemos hallado en su poesía:

*... Quiero de ese que
hierve en tu genio bravío (56).*

Porque el muchacho es bravío (57).

Como los potros bravíos (58).

¡Qué garbo! El mozo es bravío (59).

Carne bravía, pierna como hacha (60).

*Una carcajada impía
de ondas claramente bellas,
que robusta, alta, bravía
se extendió por la bahía
y ascendió hasta las estrellas (61).*

El campo de la acción, donde actúa Pedro Ureta, es la pampa chilena. Por medio de este rústico se exaltan los más altos ideales

del poeta. Pero caeríamos en el error muy grande al creer que Pezoa Véliz concibe a la pampa chilena como una tierra bendita, donde llueve el dinero y la alegría. Al contrario, su real y verdadera visión de la pampa chilena es triste y trágica.

Ya en el mismo poema "De vuelta de la pampa", donde se canta al bravo Pedro Ureta, hay indicios sombríos. Pedro Ureta, a pesar de que conquista algo, después de sus cinco años del trabajo duro y de "pernoctas a campo raso", vuelve con "la fatiga en el brazo y la fatiga en el alma" (62). Esas son sólo unas insinuaciones, un preludio poético, en comparación con lo que quedó estampado en sus apuntes sobre Taltal, ya citados en su ensayo por Armando Donoso: "Rostros enharinados, caricaturas humanas, payasos ambulantes, con las babas caídas. Todo un semestre de sudor sobre la pampa arrojado a la voracidad de la prostitución en una noche. Rostros de repugnante animalidad. Salteos en Refresco. En la noche del 5: salteo con intento de violación. Después del tren un balazo. Tres presos al día siguiente" (63).

No hay nada de alegre ni de ideal en esta descripción. A pesar de que el poeta en su poesía no dice eso de modo directo, hay algunas insinuaciones que nos hacen sospechar algo parecido. Lo que hace en la pampa su bravo Pedro Ureta, es vencer al vicio, superarse a sí mismo y superar a este amargo ambiente que le rodea. Acepta el trabajo en la enardecida pampa como una necesidad, para luego evadirse de ella, volver al campo y allí pasar su vida. Quedarse en la pampa y unirse a este mundo aventurero significaría para él un fracaso. Por eso, cuando el poeta nos cuenta su vida en la pampa chilena, con unas significantes palabras observa que durante sus cinco años de luchar con la tierra y consigo mismo, Pedro Ureta "no aceptó amigos de extraños" (64), es decir, no se unió a este mundo sombrío de perdición, que pasa sus días en los salteos y violaciones.

La clase de gente que aparece en sus descripciones de la vida real es siempre la misma: la que forma la clase trabajadora, pobre y poco culta, es decir, el pueblo bajo y medio. Es la clase sufridora

en todo el mundo y es muy natural que los poemas, que representan su vida, estén tocados más de amargura que de alegría. Pero Pezoa Véliz no olvida destacar lo que brilla. Sabe ver la vida de modo amplio, no sólo siempre lo sombrío, como lo pretenden enfocar algunos adoctrinados y unilaterales poetas de hoy día; junto con lo difícil y lo trágico, en la poesía de Pezoa Véliz está lo risueño y lo alegre. Así como en sus descripciones de la naturaleza chilena al lado de un día otoñal está un verano brillante, en sus cuadros de la vida real existe un Valparaíso que esparce la dicha a un puerto lleno de dolor y sombras nocturnas.

Pero como ya lo ha anotado la crítica, la poesía de Pezoa Véliz se caracteriza por su mundo dolorido, por eso que en las letras generalmente se denomina como lo trágico cotidiano. Un muchacho pobre que con sus ojos sin brillo contempla el organillo, una muchacha o una bailarina escuálida en un fondo de taberna ("escuálido", adjetivo predilecto para Pezoa Véliz), o los tristes hogares en la lluvia, son sus cuadros característicos:

*Y esta calle . . . ¡Qué miseria va por ella!
Allá el carro de cansados caballejos;
acá el sucio vendedor o la doncella.
Los hogares que se atristan, allá lejos . . .*

*Una vieja con paraguas se ha cogido
los vestidos junto al charco de agua mustia,
paso a paso, con el cuerpo entumecido,
por las calles, bajo el peso de su angustia.*

*Pasan perros vagabundos de ojos zarcos,
pasan otros de terrífica belleza
y contéplanse las greñas en los charcos,
asombrados de su escuálida pobreza (65).*

Pezoa Véliz, con su lírica y dolorida visión de la vida, es un poeta de nuestro tiempo. La expresión de las luchas y de las angustias de todos los días, que como una novedad anunció en su último rumbo poético Pablo Neruda, tiene un antecedente en los versos de nuestro joven poeta.

Pero Pezoa Véliz, que expresa el retorno a los temas nativos en la poesía modernista hispanoamericana, no es el caso único. "Guillermo Valencia en el poema "Anarkos", Díaz Mirón en "Los Párridos", "Al Zar de las Rusias", y, sobre todo, en "A un Profeta", y el propio y gigantesco Rubén Darío en su visión generosa y atormentada del Continente" (66), son otros nombres que al lado de Pezoa Véliz nos indica Ricardo A. Latcham. Pedro Henríquez Ureña nos cita a Chocano con su "Alma América" (1906) y a otros escritores menores, como Aquileo Echeverría (1866-1909), de Costa Rica, con "Concherías"; Francisco Lazo Martí (1864-1912), de Venezuela, con su "Silva Criolla"; Arturo Pellerano Castro (1865-1916), de Santo Domingo, con sus "Criollas" (1907); Elías Regules (1860-1929), del Uruguay, etc. (67). Sin hacer distinción detallada, no estaría de más agregar nombres chilenos, pertenecientes a la llamada generación de 1900. Pezoa Véliz es un poeta representativo de esa generación.

Es interesante observar que en la poesía de Pezoa Véliz casi no hay indios. A pesar de que idealiza al salvaje feliz, el indio de hoy día en su poesía aparece casi como un elemento del paisaje; apenas lo menciona:

*Esa agria montaña donde
el hombre al hombre acuchilla,
donde aún el indio de Ercilla
su ruca indígena esconde (68).*

Pezoa Véliz, poeta modernista y cantor de la vida real, no solo es un escritor criollo por la elección de los temas, sino también por la forma. Su lenguaje está cargado de americanismos, como, por

ejemplo, el bohío, la huasca, ojotas; idiotismos, como "para el dolor de los vagos que hacen a gatas la vida" (69); barbarismos y muchos chilenismos. Todo eso lo acerca aún más a la realidad cotidiana. Sus versos, a pesar de que el poeta totalmente no abandonó la búsqueda preciocista, huelen a tierra natal. Donde más lo podemos notar es, naturalmente, en su prosa; pero también en la poesía y, en especial, en los diálogos de sus poemas: "—Güeno, ahora ¿por qué, hermanos, no ayuarla?", habla su Austín en el "Alma Chilena"; "¿por qué no ayuarla? Acaso / lo ejarían pa mañana? / Pa su mantención, pa un vaso / estaba aún robusto el brazo / del bravo Lucho Orellana" (70), leemos más adelante en el mismo poema. Así hablan sus rotos de alto rango, maestros de fragua. Lenguaje cotidiano, rudo, pero vivo; y su estilo, como el del poeta, a veces chispea ironía y humor.

He aquí otro ejemplo de un lenguaje, vulgar, criollo, sacado del poema "Una astucia de Manuel Rodríguez":

Sí, mi hermano Roidrigue

*pasó ayer como un viento por Los Ande; le sigue
un alfeire del Cuarto con cien más talaveras.*

*Icen toos que y'andan por abí montoneras,
que han entrao a la casa de on Pórfido Urriola,
que a las niñas más mozas del patrón han robao,
que han robao la caja, la bandera española
y una imagen de plata del Señor Crucijao ... (71).*

Al lado de los temas sacados de la realidad cotidiana, también hay que mencionar los poemas basados en los hechos nacionales, como, por ejemplo, los versos que se refieren a las guerrillas de la independencia y las leyendas nacionales. Con gran cariño Pezoa Véliz se acuerda en su "Primera lluvia" de las guerrillas con los godos, cuando los feroces artilleros "iban todos sin zapatos, pero todos con puñales" (72); o de Manuel Rodríguez, cuya imagen queda estampada en el poema citado. No es la extraña y superficial mitología

modernista la que da el color a su poesía, sino las vislumbres de los hechos y de las leyendas nacionales. En verdad, son pocos ejemplos de los versos de tal índole en su poesía, pero, por fin, un motivo más para ver en Pezoa Véliz un poeta criollo innovador.

(1) Pezoa Véliz, Carlos: "Poesías, Cuentos y Artículos", pág. 197, ed. cit.

- (2) Idem, pág. 128.
- (3) Idem, pág. 128.
- (4) Idem, pág. 129.
- (5) Idem, pág. 129.
- (6) Idem, pág. 129.
- (7) Idem, pág. 130.
- (8) Idem, pág. 128.
- (9) Idem, pág. 131.
- (10) Idem, pág. 198.
- (11) Idem, pág. 197.
- (12) Idem, pág. 128.
- (13) Idem, pág. 198.
- (14) Idem, pág. 198.
- (15) Idem, pág. 199.
- (16) Idem, pág. 205.
- (17) Idem, pág. 200.
- (18) Idem, pág. 200.
- (19) Idem, pág. 200.
- (20) Idem, pág. 200.
- (21) Idem, pág. 200.
- (22) Idem, pág. 199.
- (23) Idem, pág. 199.
- (24) Idem, pág. 204.
- (25) Idem, pág. 210.
- (26) Idem, pág. 208.
- (27) Idem, pág. 210.
- (28) Idem, pág. 178.
- (29) Idem, pág. 179.
- (30) Idem, pág. 179.
- (31) Idem, pág. 109.
- (32) Idem, pág. 179.
- (33) Idem, pág. 183.
- (34) Idem, pág. 182.
- (35) Idem, pág. 183.
- (36) Idem, pág. 183.
- (37) Idem, pág. 187.
- (38) Idem, pág. 189.
- (39) Idem, pág. 188.
- (40) Idem, pág. 188.
- (41) Idem, pág. 188.

-
- (42) Idem, pág. 189.
 - (43) Idem, pág. 182.
 - (44) Idem, pág. 189.
 - (45) Idem, pág. 147.
 - (46) Idem, pág. 146.
 - (47) Idem, pág. 98.
 - (48) Idem, pág. 166.
 - (49) Idem, pág. 187.
 - (50) Idem, pág. 207.
 - (51) Idem, pág. 177.
 - (52) Idem, pág. 174.
 - (53) Idem, pág. 177.
 - (54) Idem, pág. 176.
 - (55) Idem, págs. 176-177.
 - (56) Idem, pág. 117.
 - (57) Idem, pág. 179.
 - (58) Idem, pág. 177.
 - (59) Idem, pág. 184.
 - (60) Idem, pág. 146.
 - (61) Idem, pág. 203.
 - (62) Idem, pág. 175.
 - (63) Idem, pág. 29.
 - (64) Idem, pág. 174.
 - (65) Idem, pág. 155.
 - (66) Latcham, Ricardo A.: "Pezoa Véliz (Biografía, Crítica y Antología)", de Antonio de Undurraga, "La Nación", Santiago, 29 de abril de 1951.
 - (67) Henríquez Ureña, Pedro: "Las Corrientes Literarias en la América Hispánica", págs. 176 y 260, ed. cit.
 - (68) Pezoa Véliz, Carlos: ob. cit., pág. 160.
 - (69) Idem, pág. 165.
 - (70) Idem, págs. 208-209.
 - (71) Idem, pág. 194.
 - (72) Idem, pág. 153.